



Antoni Màs i Miralles

LA MIRADA CONSCIENT

18 DE MAIG DE 2021

Antoni Màs i Miralles

ESPAÑOL



MUSEU de la MAR
Castell Fortalesa



SANTA POLA CULTURA



www.museodelmarsantapola.com

    @museodelmarsp

Juan Ródenas, el poeta con un pincel

Todos tenemos en nuestro interior algún locus amoenus, un paisaje idílico –real o irreal- que hemos creado con el paso del tiempo y que hemos esculpido en la imaginación penetrante de los años vividos. Parajes recorridos vivencialmente y donde siempre volvemos con la inocencia de los niños, todo justo cuando recobramos los paraísos imaginarios de nuestros cuentos y de los primeros libros. Aquellos lugares que están calculados sabiamente desde nuestra fantasía y que son los que siempre rescatamos de aquella melancolía insobornable, con aquella melancolía que se pega inexcusablemente a nuestra piel. Unas imágenes que nos persiguen a lo largo de nuestra vida como una quimera. Es aquel paisaje subjetivo construido con los pensamientos, con la idolatría que bate los imposibles sueños. Paisajes. Y más paisaje. Paisaje grabado en el corazón como una piedra sutil y diafana. Paisaje al fin y al cabo. Perspectiva iluminada desde la irrealidad, pero que, sin embargo, al final se convierte en apenas un paisaje real, objetivo, en ese lugar donde se construye nuestra imaginación.

Juan nació en Elche. Pero él- como muchos de nosotros- no tiene ningún inconveniente en compartir el corazón por aquellos lugares donde la vida va tomando un sentido completo, donde descansas, donde sueñas, etc. Santa Pola se convirtió para él, el lugar donde descubrió las estancias de verano, las vacaciones de julio, la temporada de los baños, el contacto con el mar, el calor con sabor a salobre, la pesca de los crancos con los amigos, con aquellos con los que ahora practicaba con la otra lengua. Era una vida sencilla, sin estridencias ni disturbios, con la complicidad del silencio de día –a excepción de alguna radio que ofrecía canciones de coplas-, o las habaneras cuando llegaba la noche (Venimos del mar/ no llevamos dinero/ vamos a donde el maestro/ y no hay nada que hacer). En definitiva, un conjunto de recuerdos que nosotros-no sé por qué- conservamos en blanco y negro, como si nuestros ojos no se hubieran acostumbrado nunca a la policromía de aquellos años del Nodo, ni a la diversidad de visiones y pensamientos.

Es en este contexto donde los ojos de Juan comienzan a percibir el paisaje limpio y lúcido, a distinguir las tonalidades de los elementos que construyen el panorama, a observar las luces del sol para capturar todos los reflejos sobre el mar, a verificar las sensibles sombras que esconden las imágenes. Es todo un proceso vital que acompañará al autor a lo largo de su vida. La sincronía de los volúmenes, la perspectiva inesperada de una línea, el tumulto de los colores que luchan contra el blanco del lienzo. Poco a poco, son los paisajes que confluirán en una ilusión visual permanente, dignos herederos de unos ojos que miran el paisaje Santapoler con una percepción sencilla, como de un cielo y de una mar que comparten paletas y colores.

A lo largo de esta transformación Juan eligió el pincel para construir el poema, pero hubiera podido elegir el pentagrama, como así hizo Puccini, o el hierro y el aluminio como eligió Alfaro, o los versos y las églogas como decidió Vicente Andrés Estellés. Es una cuestión de selección y de preferencias ante una opción ineludible, donde no hay que insistir más porque la sensibilidad artística siempre gana. Juan eligió componer poesía con un pincel. En sus cuadros describe los paisajes con los epítetos justos, con las formas versátiles, con las pinceladas suaves y equilibradas. La luz es justo la propia de este Mediterráneo, sin tonalidades amortiguadas, sino todo lo contrario, claras y limpias, donde el protagonista es siempre la perspectiva resplandeciente y luminosa.

Con el pincel en la mano, Juan se convierte en cronista de un pueblo que no quiere vivir en blanco y negro, que se revela siempre que puede para llegar a la modernidad bien entendida, para adaptarse al paisaje cristalino y para recobrar los momentos de felicidad que la historia le ha robado. La obra de Juan es un pequeño inventario del patrimonio que aún conserva Santa Pola. Él

reformula todas las extensiones del Castillo, desde todos los ángulos posibles. Este es el edificio embrionario del pueblo, el emblema local que hemos rescatado de tantas agresiones urbanísticas. El mercado o la plaza, llamada aún Iglesia destruida, una construcción de planta de cruz latina, con pilares y arcos para marcar las capillas, un edificio con intenciones neoclásicas que no pudo ser, un edificio abandonado en escombros durante más de un siglo. La ermita del Calvario, lugar de peregrinación cristiana local, y que contiene una puerta de factura musulmana. De las torres de vigilancia de mediados del siglo XVI, la Talaiola, convertida en faro; la de Escaletes, siempre con el ojo pendiente de la isla; el Tamarit, en medio de la albufera, viendo como pasan los coches por la carretera nacional; El Pinet, la olvidada y desaparecida después de que la echaron a tierra en los años 20 del siglo pasado, porque molestaba a la visión del cuartel de carabineros que construyeron detrás, pero si ella ya estaba en 1552! El muelle, que durante la década de los años 60 y 70 del siglo pasado recogía la flota pesquera más importante del Mediterráneo peninsular y la segunda de todo el Estado. Un puerto sin hinterland porque vive bien pegado al pueblo. Un puerto reducido a funciones sólo pesqueras después de que la capital se dedicará a quitarle la condición de puerto comercial. Y frente al Cabo, separada por el Freu, tenemos la Isla por antonomasia, la isla de Santa Pola en la época medieval, repoblada con italianos rescatados y refundada como Tabarca. En este inventario no podemos olvidar las Salinas, la antigua albufera de Elche, que recibía el agua de los azarbes que se encargan de secar las zonas salobres de la comarca del sur, y que recoge, además, el agua del Vinalopó cuando la escorrentía se prolonga más allá de la partida del Derramador.

Pero todos estos elementos descritos y narrados con el pincel de Juan aparecen para recobrar toda la autenticidad. Así, los colores vivos recuperan aquella arquitectura hecha por la naturaleza o por los humanos con toda la dignidad posible. La acuarela acaricia suavemente las composiciones casi poéticas que hemos querido sin condiciones. El lienzo se convierte en sus manos el pergamino que retrata el momento histórico de cada época para rescatarlo de la memoria. No hay ninguna duda, todo ello es un lujo para los que miran y ven toda una crónica de un pueblo, para los que miran y sienten un paisaje santapolero.

Sí, todo en nuestro camino vivencial tiene sentido, nada queda al azar, ni creemos tampoco en el libre albedrío -¿qué haremos! Es hora, posiblemente, de hacer el obligado balance, repasar las metáforas cromáticas de la producción, de rendir cuentas a la creación de tantos años, de enseñar las manos, expertas y maduras, de un poeta que se decantó por el arte pictórico. Ahora, cuando las marinas y las naturalezas tienen vida propia, cuando el esfuerzo de las láminas descansan bien orgullosas y cuando el retablo con el Castillo, las torres, las salinas, Tabarca ... están ya determinadas por la policromía del recuerdo, ha llegado ya el momento. El poemario de Juan quedó escrito para el futuro. Y siempre con la satisfacción que aquel locus amoenus, que tanto le hace vivir y amar aún en este rincón del mundo, es ciertamente real y auténtico en su pincel.

Texto:

Antoni Mas i Miralles